

El ser colonial. Una meditación liviana

Sergio VILLALOBOS

Después de dos siglos y medio transcurridos sin prisa, era perceptible que la sociedad chilena descansaba en conformaciones básicas materiales y espirituales que no eran pasajeras, sino que estaban destinadas a una larga vigencia porque traspasaban hasta lo más íntimo la realidad colectiva. En el futuro habría cambios que modificarían algunos aspectos, pero también estarían subyacentes las configuraciones trabajosamente formadas en la gran etapa inicial.

La Región Central y el Valle Central habían acogido al hombre con la suavidad de su clima mediterráneo, la fertilidad de sus tierras llanas y el agua generosa de los ríos. Era un ambiente ideal, que atraía a los habitantes produciendo desde temprano una concentración natural de la población y de las principales actividades, coincidiendo con el quehacer oficial y dándole su apoyo. El centralismo había nacido con la historia.

Aquel espacio acentuaría más adelante el vínculo humano y de los trabajos con el Norte Chico, la región sur y Chiloé, marcando el sentido de unidad y, muy posteriormente, desbordándose al Norte Grande y la región magallánica.

La mayor parte de la población vivía en el campo, fuese en las haciendas, las pequeñas propiedades o el amplio espacio que parecía no tener dueño. Las relaciones sociales y las costumbres tuvieron un carácter eminentemente rural y traspasaron la existencia de los pueblos, llamados ciudades, sin excluir a Santiago.

El atractivo de la tierra interior fue tan grande, que el hombre dio la espalda al mar, sin sentir su llamada, utilizándolo únicamente para las débiles comunicaciones y una pesca muy circunscrita. Definitivamente, se había formado un hombre de tierra adentro.

El paisaje, el clima y la existencia pausada habían producido un encanto y un regocijo que se deslizaban desde el ensimismamiento al ánimo poético y que

tuvo expresiones tan cultas como la *Histórica relación del reino de Chile* del padre Alonso de Ovalle, y otros escritores. El chileno era dueño de la realidad circundante, imaginándola como un paraíso, y forjando ilusiones para más adelante.

La sociedad se había organizado de manera rígida al estilo campestre: amos, capataces, inquilinos, campesinos y también simples vagabundos, extendiendo su estructura a las ciudades y todos los lugares. El hombre modesto formaba la mayoría en una existencia prolongada sin perspectivas, aceptada por un conformismo general, aunque eventualmente se produjeran fisuras sin consecuencias mayores.

Un mestizaje integrador daba unidad racial a la población como rasgo predominante, sin que la fusión borrara la gradación de arriba abajo. Tipos puros podían encontrarse en los extremos, pero entre ellos se desenvolvía la gran masa mezclada.

Fenómeno de fuerte significado en las relaciones sociales y la mentalidad, el mestizaje polarizó tensiones, aunque nunca se llegase a rupturas violentas, debido a la fluidez entre los diversos estratos.

El prejuicio racial, relativamente moderado en comparación con el de otras naciones, operaba en las relaciones sociales indicando a cada uno su situación. La concepción racista actuaba en dos sentidos. Desde arriba se miraba hacia abajo en una escala degradada, y desde las situaciones inferiores se aceptaba ese concepto, viéndose a los tramos superiores como conjunto de personas realmente de mayor calidad por su rango social. Estaba implícita la idea de un orden natural, inalterable, y su secuela de conformismo.

Esa mentalidad regía en las costumbres sociales y, por ser noción generalizada, casi no requería de normas explícitas, aunque las había en algunas instituciones. Coincidió, además, con la separación de funciones, según la cual los rangos sociales eran propios de determinados papeles y oficios. Cuanto más evidente el aspecto indígena, más humilde la función.

En esa forma de organización, el sector más alto ejerció la orientación para todo el cuerpo social, fuese por la sugestión, la transmisión de valores o el respaldo del poder, mezclando buenas intenciones, intereses propios y los infaltables abusos.

La prolongada coexistencia de los sectores sociales sin rupturas violentas generó formas de comprensión y de costumbres comunes que suavizaron el trato, facilitado, además, por la ausencia de separaciones abismales a causa de la modestia relativa de las fortunas. Todos podían encontrarse en cualquier parte, en la calle, en las faenas del campo y en los caminos polvorosos. El noble usaba poncho, tomaba chicha y se complacía con una tonada nasal acompañada de guitarra.

La cultura dominante y la religión católica daban forma al espíritu y a la orientación de la vida en todas sus gamas, creando una unidad exitosa que recorrería todo el tiempo histórico de la nación. Por el peso de las circunstancias presionaba hasta los estratos más bajos, moldeándolos en lo esencial.

La religión se había adueñado de todos los sectores, aún entre los indios sometidos, los negros y sus mezclas, creando uno de los rasgos comunes más sólidos, igual que el idioma castellano. Podía ocurrir que hubiese diferencias en la forma de entender la doctrina, pero el ritual y las grandes ceremonias daban la sensación de un cuerpo común en la vida colectiva, bajo el mandato, a veces suave, a veces apremiante, de la Iglesia.

Subyacentes, las costumbres populares, las creencias y supersticiones, influidas por el pasado indígena, matizaban el cuadro, de preferencia en grupos humildes. Eran la insistencia en lo propio del mundo mestizo, refugiándose en la intimidad y sin atreverse a la rebeldía.

En la Araucanía seguía vigente el *admapu* a pesar de las intensas relaciones fronterizas, pero no tenía proyección mayor. El proceso del mestizaje, al incorporar sectores de una cultura menos desarrollada que la de los dominadores, fue un freno para toda clase de actividades. Era necesario incorporar los niveles más bajos de la cultura a la disciplina del trabajo, a un orden social y a valores que eran señalados desde arriba, en una tarea que el período colonial consiguió a medias. En los siglos siguientes debería continuar la tendencia, sin alcanzar grados óptimos, porque la cultura se iría haciendo paulatinamente más compleja y el retraso cultural inicial de la masa mestiza pesaría como un fardo.

El lenguaje, como fina expresión de espíritu y vida, trasuntó la realidad común.

Antonio de Nebrija decía en su *Arte de la lengua castellana*, el mismo año del descubrimiento de América, que la gramática siempre siguió al imperio.

Así fue, en verdad, porque los conquistadores transmitieron un lenguaje vigoroso, colorido, lleno de ricas expresiones, tan desenfadado como sus mismas acciones. Hablaban y escribían quizás atropellando las formas, consecuencia de su facundia, que era el trasunto de una existencia briosa y complacida con su vitalidad. Parecía estar presente la grandiosidad de la empresa castellana en el mundo, la prepotencia individual y una afirmación arrogante del espíritu, aunque sólo fuese en cuestiones triviales.

Hubo desborde de proverbios, sentencias admonitorias, imágenes ingeniosas y giros audaces, aunque la gramática, después de todo, siguiese al imperio bastante maltrecha.

Vino luego el barroco con su pesada carga de artificios literarios, que más que una posición estética fue una búsqueda forzada de originalidad y un afán de mostrar ingenio y cultura. Si bien se oscureció la ilación lógica de la frase, se mantuvo el culto por las expresiones ingeniosas y la soberbia de la palabra. Había que forzar el ingenio para hablar y escribir y también para escuchar y leer. En medio de retruécanos, frases intercaladas y pensamientos retorcidos, el barroco prolongó la alegría del lenguaje. Pero siendo una tendencia culta, no descendió a las capas medias e inferiores, donde la inteligencia de la expresión y sus modalidades se mantuvieron en niveles poco evolucionados.

El desarrollo del mestizaje tuvo incidencia en el habla, fuera de la reducción del léxico y la insistencia en palabras y frases manidas que redundaron en una pobreza expresiva. Por otra parte, se adoptaron palabras indígenas de las diversas lenguas. El quechua proporcionó una cantidad apreciable, como *cancha*, *concha*, *guagua*, *cochayuyo*, *pirquín*, *huincha*, etc. El idioma araucano entregó *cahuín*, *malón*, *hueñi*, *curiche*, *poto*, *pirihuin* y muchas otras.

Incorporados al lenguaje chileno, los vocablos autóctonos declinaron conforme la índole del castellano, tal como *pirquinero*, *cahuinero*, *hueñicito*, *guatero*. El plural de *mapuche* pasó a ser *mapuches*.

También el lenguaje de los dominadores sufrió cambios, como la elipsis de la *d* en los adjetivos y participios, en parte derivación andaluza, y la suplantación de la *z* por la *s*.

La pereza de los labios y la lengua impidió una buena dicción, resultando un habla monótona y borrosa.

Una última consecuencia del ser mestizo, en una sociedad de dominación, fue el amplio uso de diminutivos sin justificación idiomática. Se quitaba peso a las palabras al hablar con personas superiores, como gesto de humildad y búsqueda de comprensión. Cualquier cosa, cualquier problema o petición, resultaba más presentable si se la reducía. Era menos grave robarse un «corderito» que un cordero; menos impertinente pedir una «sopita» que una sopa. Y como esa actitud fuese generalizada, pasó a ser de uso de todos los estratos y una característica de los chilenos. Puede que en ello actuase también el ancestro andaluz.

El idioma desenvuelto y airoso de España había devenido en una lengua mezclada y deprimida respecto del original. El decir tomó formas simples, carentes de rebuscamiento en la construcción de la frase, en una eutonía suave y amable.

Dentro del legado indígena quedó el desapego del hombre respecto del trabajo, que por tradición había sido función de la mujer, sin que la dominación hubiese alcanzado a revertir por completo la situación. Se agregaban a ese fenómeno dos hechos que facilitaron la inclinación al ocio y el vagabundeo: la escasez de las fuentes de trabajo y la abundancia de productos agroganaderos, que aseguraban una existencia fácil por lo menos en el campo. Por otro lado, la solidaridad común entre la gente modesta apoyaba al que nada tenía, compartiendo la escuálida comida y un rincón donde tirar un jergón.

La mujer había asumido responsabilidad ante la indolencia de los hombres y en su ausencia. A veces tenía que dedicarse a trabajos productivos y a los menesteres del hogar, cuidando a niños, ancianos, parientes desvalidos y gente más pobre dentro de la pobreza.

En la adversidad se había formado un espíritu de solidaridad, porque el dolor de unos y otros une más que el éxito, y esa era una realidad que podía encontrarse en todos los sectores sociales. La guerra en el sur y sus desastres, en el comienzo, habían abierto las puertas de los hogares a los refugiados y desvalidos; los terremotos, las epidemias y otras calamidades, habían movido el apoyo mutuo. Nadie quedaba desamparado y hasta viajar por el campo, después de fatigoso cabalgar, tenía su recompensa, porque el hospedaje en cualquier casa era seguro, aunque se fuese un desconocido.

En las ciudades, el amigo de paso o el viajero que llegaba con una carta de presentación era acogido con aprecio y buena voluntad en los hogares, y de esa

manera se creó un ambiente amistoso que influyó en las relaciones sociales y llegó a ser característico del chileno.

En el orden económico, se habían formado los basamentos esenciales del autoconsumo y de unas relaciones externas mediante el comercio. Se producían alimentos y metales, que componían los rubros de exportación, mientras la artesanía, con sus bienes de factura rústica, llenaba necesidades locales únicamente.

Imperaban las condiciones típicas de los sistemas coloniales: la metrópoli absorbía metales preciosos y materias primas, y enviaba de retorno los productos industriales más elaborados y bienes suntuarios. La conexión con las plazas industriales de Europa daba a España el papel intermedio en los tratos con el nuevo mundo y, por otra parte, eran tantas las franquicias otorgadas al comercio de América o con ella, que el tráfico directo era muy intenso, sin contar con el contrabando.

Se había establecido, en consecuencia, la subordinación económica a las grandes potencias en virtud de su mayor desarrollo y de la superioridad científica y tecnológica.

En el largo camino colonial se había consolidado, también, un respeto al Estado, la ley y la autoridad, que garantizaban el orden y una convivencia pacífica dentro de los cauces rígidos.

La monarquía, sus agentes y las normas, manejadas desde la cúspide, eran un todo coherente y prestigioso, coincidente con el carácter de la sociedad semiestamental y de dominación, que de manera casi supersticiosa respetaba las manifestaciones del poder. Podía haber crítica a las medidas específicas, pero no a las líneas generales de la política. No se concebían grupos disidentes ni tendencias de pensamiento contrarias a lo estatuido desde el poder.

La vocación jurídica regía en la vida oficial y en la privada, sujetándose a formalidades en todos los actos administrativos, civiles y de otra índole, desde el ceremonial hasta el simple papel firmado y el acta notarial, que deslindaban cualquier duda y despejaban desconfianzas. La ley se acataba sencillamente por ser ley y del mismo modo se respetaba a las autoridades. A la justicia, como emanación del poder real, le correspondía velar por la observancia de la ley. Y esta dignificada en sus funciones y su imagen.

Todas las expresiones del poder venían desde el otro lado del Atlántico, un mundo lejano, casi mítico, no sumido en la burda realidad de la colonia, y que tenía, por lo tanto, el aura de lo distante. Había fallas y existía el derecho de hacerlas presente, resultando un acomodo juicioso y conveniente.

La administración pública, reducida en extensión y contraída sólo a las tareas esenciales, era eficaz hasta donde podía serlo y operaba en forma ordenada. En los altos cargos dominaba el celo funcionario, a veces causante de competencias y roces, y desde ellos se velaba por el buen comportamiento hacia abajo.

La aspiración al orden velaba en los asuntos grandes y pequeños. El Estado y su aparataje, rodeados de respeto y aceptación, eran herramientas eficaces para orientar a la sociedad y tomar medidas concretas. Se había desarrollado confianza en las instituciones públicas, que continuaría después de 1810 a pesar del reemplazo del titular de la soberanía.

En el acontecer grande y pequeño no podían faltar la deshonestidad, el vicio y las sombras del poder social; pero no tenían las dimensiones que en regiones cercanas, donde las riquezas abundantes, el uso del poder oficial y los contrastes de las capas humanas crearon perversiones de todo tipo. La pobre capitanía general de Chile, escasa de recursos, vivió dentro de una modestia que frenaba las ambiciones y los desbordes de la imaginación. Había un ambiente recluso, conservador, y si se quería lograr cualquier cosa en la vida colectiva o en la individual, había que empeñarse en un largo esfuerzo. Esa misma condición impidió las grandes diferencias y obligó al esfuerzo tesonero para obtener magros adelantos.

Ha sido una característica que ha marcado todo el trayecto del país.

Estoy a punto de escribir que ha sido una digna pobreza.

Un sentido de unidad y de identidad traspasaba a la sociedad entera. La primera tenía dos espacios, el de la monarquía como un todo, que daba razón de ser a la existencia colectiva en sus principios y tareas fundamentales, y el más inmediato del espacio local. Los círculos elevados palpitaban con ambos y en los más bajos se acentuaba la vivencia menos conceptual del ámbito chileno.

Para los sectores más cultivados, existía la tarea en común que caracteriza a las sociedades bien conformadas y una identidad con el suelo donde se había for-

mado y seguía desarrollándose una historia valiosa. *La Araucana* había sido piedra fundamental de un sentido épico, continuado por otros poemas y crónicas, y que se vivía cotidianamente por la ficción de la lucha fronteriza. Algunas crónicas habían mostrado la generosidad de la tierra, los trabajos del hombre y la vida civil. También la labor de la Iglesia y el conocimiento de la naturaleza, confluyendo todo en una identidad prestigiosa vista con orgullo.

El chileno se sentía como tal y diferente a los hermanos de las cercanías y, aunque ligado mentalmente a España, marcaba su propia realidad.

Chile había comenzado a ser Chile.